

El oro de Dionisios

(Nana Rodríguez Romero)

Carmen Liria Prieto* 

Reseña

La poetisa tunjana Nana Rodríguez Romero ha venido ejerciendo el oficio de escritora desde hace varios años. Ella es egresada de la Escuela de Psicopedagogía de la UPTC y actualmente es profesora de esta. Ha publicado varios libros de poesía y prosa poética, su reconocimiento ha trascendido las fronteras, no solo de su región, sino de su país, Centro y Sur América.

Nana es una generadora de signos: habla, escribe y hace oír su voz para que otras mujeres nos iniciemos en sus saberes; sus códigos lingüísticos son capaces de reflejar la dualidad genérica, existencial y universal.

Estos son algunos poemas desde su último texto, *El oro de Dionisios*, publicado en julio de 2005; fueron escogidos porque nos permiten acercarnos al nacer, a la vida, al dolor, al poder desafiado y al reino de Hades y porque nos permiten reconocer y reflexionar sobre la metáfora de la feminidad, que fetichiza y sacraliza la maternidad: mujer-madre, abnegada, callada, reproductora de la especie...



* Profesora Titular Escuela de Enfermería UPTC.

Paseando por el pasado, que es el presente, a través de lo griego y con ojos de mujer, Nana nos deja saber bellamente cómo las mujeres pueden ser generadoras de discurso y, sobre todo, generadoras de su propio discurso.

Perséfone

Mi niña de ojos florecidos:

Despierta del reino de los muertos, contigo vendrán los cereales y las aves, los árboles se doblarán de carnosidad, el trigo será un temblor amarillo, ven a mis brazos por una temporada y seremos dueñas del día, haremos sonreír a los desiertos, el colibrí beberá de tus pechos.

Perséfone:

El amor florece contigo en primavera.

Pandora

Primero fui la tierra y fui el agua. Luego entremezclaron los elementos y me ofrecieron como castigo de los hombres.

En mí reunieron el engaño, la perfidia y las artes seductoras. Me dieron un vaso sellado del cual un día saltaron todas las calamidades del mundo.

Me nombraron perversa, bruja, sanguijuela.

Hunde tu mano en el fondo de mi vaso y encontrarás un puñado de polvo dorado que te iluminará la noche.

Ifigenia

Los dioses han destilado su ira contra la casa de mi padre. Inmolado mi cuerpo de doncella no conocerá los goces del amor. Vientos contrarios: apresurad vuestros labios, hinchad las velas de los barcos, mi padre me ha tomado, la piedra de los sacrificios tiembla al recibirme.

Ayer jugaba con torcazas y alondras, la muerte me quiere cubrir con sus vestidos blancos.

Dioses celosos y pequeños, envían su fuego sobre las hijas de los reyes.

Afrodita

Tu cuerpo acariciado por las espumas del mar despertó un día para regocijarse con dioses y mortales, tus pies hacen brotar caminos de hierbas florecidas.

Adonis, bello entre los bellos, grano de mirra; por él has pisado las espinas y desde ese día las rosas se han encarnado con tu sangre. ¡Canta por ese amor Afrodita! En honor a ti las aves en las frondas se perpetúan, los peces se multiplican, los niños saltan en los vientres de las mujeres enamoradas.

Eurídice

A horas tempranas, dientes venenosos han enfriado el cuerpo de mi amada. Solitario, con un ramo de rosas en el pecho, me he retirado a los bosques para interpretar mi dolor, acompañado de pájaros y siervos, pero ella me llama desde el reino de las sombras.

Soberanos del Hades:

mi corazón no soporta los cuchillos de la ausencia, mirad que hasta las euménides conmovidas derraman lagrimas al escuchar mis quejas.

Ven, Eurídice, ven detrás de mí que no resisto los deseos de mirarte, mis miembros tiemblan al adivinar tus cabellos, tu olor, pero soy necio y solo me miras desde del fondo de una piedra.

Muerte, ven y tómame, mujeres, despedazad mi cuerpo que quiero ir al reino de los muertos...

¿Eurídice, escuchas las aves y las fuentes? Cantan al oír nuestros suspiros desde los jardines del Eliseo.

Medea

El amor y el crimen han acompañado los días de mi vida.

Mi hermano muerto, mi rival coronada por diademas de veneno, su traje de fuego, mis horrorosos crímenes.

¿Jasón, sabes qué sentí al degollar a mis hijos? ¿Sabes del valor de mi corazón para arrancar esas flores de mi vientre antes de verlas víctimas de manos enemigas?

No me bastará la eternidad para llorar por ellos, sus bucles dorados, sus ojos inocentes, sus gritos, la sangre tiñendo las habitaciones.

Conozco los venenos, pero ninguno tan letal como la mirada aterrada de mis hijos.

Antígona

El destino es una fiera que ha imprecado la casa de mi padre.

Aquí, desde la antesala que conduce al Hades, derrotada, sin futuro, doy sepultura al cuerpo amado, descompuesto por el brillo de una corona sin cabeza.

Yo mujer,
¿Hasta cuándo mis palabras silenciadas por el cofre de mi pecho, ante la voz atronadora de los hombres?

Creón, la muerte elijo, presta oídos al corifeo, no sea que por las calles de Tebas veas correr la sangre de tus hijos.